



J.R.

CARMEN.

—
Para Clearco Meonio.

Yo tengo un verso para ti escondido
del corazón en el sutil secreto,
donde jamás alcanzará el olvido,
en un mar de esperanza inmenso y quieto.

Nunca, nunca jamás, llegó á tu oído
un verso más hermoso, más discreto,
y es en mi alma oculta violeta
que perfuma mis horas de poeta.

Cuando pasas se mece en el ensueño
de llegar á tu oído levemente;
quiere volar hacia su dulce dueño,
en nuestras almas levantar un puente
de casto amor, con inocente empeño;
pero al mirar tu faz resplandeciente,
se funde en el candor de tu mirada. . . .
porque el verso eres tú, lo demás, nada!



J.R.

FLORES Y JOYAS.

—
A Luis G. Urbina.

I

Bajo las sombras, Fausto medita,
Mefisto acecha con hondo celo;
y sueñan Siebel y Margarita
cosas azules, color de cielo.

Sobre la tierra, dormida y negra,
arden los astros resplandecientes.
Ni un eco solo la noche alegre;
duermen las aves, duermen las gentes.

Mas cuando apenas brilla la aurora,
Siebel, felice con sus amores,
recoge, ofrendas á la que adora,
de los jardines las frescas flores.

Fausto medita, pálido y yerto,
viendo las luces de la alborada
con ojos fijos, ojos de muerto,
sin fruto alguno de la velada.

Siebel en tanto cruza la reja,
en ramilletes las flores ata,
y en la ventana feliz las deja
en la penumbra que lo recata.

En humo negro, mancha del día,
Mefisto lento se desvanece,
la luz enciende la celosía
y Fausto llora cuando aparece.

Mientras el astro de la mañana
sus esplendentes rayos agita
sobre las flores y la ventana
que abre la mano de Margarita.

II

Mas que de Siebel las frescas flores,
ve la doncella cómo la incita
un cofrecillo de mil primores
con nombre y cifra de Margarita.

Tiembla suspensa; ¿cuál es aquella
ofrenda rara que brilla ufana?

Ruedan las flores y la doncella
cierra las puertas de su ventana. . . .

Presto se abren, y con los ojos
húmedos mira la ofrenda grave;
y ante los nuevos, duros antojos,
tiende la mano, tuerce la llave;

y un grito ahoga que la sorpresa
le arranca viendo que el cofre abierto
muestra las joyas de una princesa,
y el caso juzga la niña incierto.

Pero algo siente que al fin la apena;
¿qué sentimientos su pecho agitan?
Las pobres flores sobre la arena
empalidecen y se marchitan.

Duda, vacila, y á veces llora;
en otras ríe con el presente,
y toma el cofre que la enamora,
viendo las flores indiferente.

Lanzan las joyas vivo reflejo
entre las manos de la doncella
que, colocada frente al espejo,
se ve más rica si no más bella.

Y en los jardines, cuando atardece,
doble pareja la sombra aparta:

Fausto y la niña que se estremece,
y de Mefisto la vieja Marta.

III

Está la pobre mujer cubierta
de harapos sucios, en la sombría
cárcel inmunda, prisión abierta
por su verdugo: la fantasía.

Fausto de hinojos la solicita:
¡Vamos! Es tiempo. ¡Vamos! bien mío.
Pero la pobre de Margarita
cae de rodillas, tiembla de frío....

¡Ah! no encontrando refugio cierto
la dulce niña, desventurada,
su pensamiento mira cubierto
de sombras vanas como la nada.

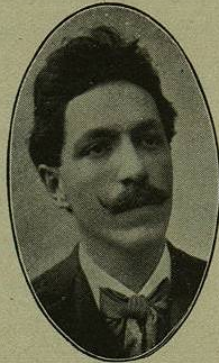
Y su agotada razón perdida
clama de amores que acaso sueña,
y nombra á Fausto, se siente herida,
y como un cuerpo que se despeña.

¡Vamos!.... Mefisto dice violento,
le oye la niña y un grito lanza;
vuelve hasta el cielo su pensamiento,
bajo las alas de la esperanza;

y hacia lo eterno se precipita,
dejando el cuerpo de vida exhausto,
el alma pura de Margarita,
llamando á voces á ¡Fausto! ¡Fausto!

Y cuando le abre su puerta el cielo,
ve en los umbrales, frescas, lozanas,
todas las flores que con anhelo
Siebel juntaba por las mañanas.





¿AMOR?

Para Luis Moctezuma.

¿Qué es el amor?... pregunta tan extraña
no me hagas á mí. Nadie ha sabido
contestarla si no es muy al oído,
que su hálito fatal todo lo empaña.

Por él un tiempo se perdió la España;
por él Roldán, también, perdió el sentido;
y ha sembrado la muerte el fermento,
del palacio á la rústica cabaña.

¡Amor!... Cuando lo mires, tuerce el gesto;
si te llegare á hablar, cierra la oreja
y reza aquello de *con Dios me acuesto*. . . .

Que ya verás, si llegas á ser vieja,
que Dios castiga sólo este pecado:
haber vivido sin haber amado.



SÍMBOLO.

Para Rafael Delgado.

Todas las almas como hostias puras
se alzan hacia Ti, símbolo eterno,
que flotas entre el cielo y el infierno
revestida de todas las blancuras.

En tu maternidad las criaturas
exhalan el perfume de lo tierno
que aún queda en el espíritu moderno
cuajado de astros, pero siempre á obscuras.

Y en el nombre del Hijo y el del Padre
se postra ante tus aras el creyente
lleno de fe y dulce confianza,

llamándote á la vez Virgen y Madre,
con ingenua emoción, vívida fuente
de pureza, de amor y de esperanza.



J.R.
1903

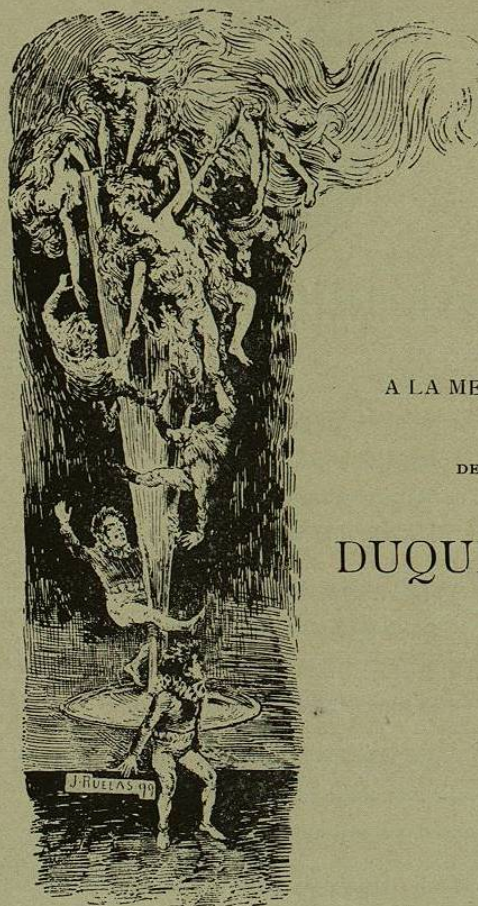
NIOBE.

Para Amado Nervo.

Es una tragedia—perdida—de Eskylo:
En el campo yermo, triste y solitario,
ha vaciado su arco rudo, Sagitario;
y Niobe procura postrimer asilo

sentada en la tumba de sus hijos muertos,
callada, la testa por un velo oculta
á los horizontes muy largos y abiertos,
donde el Sol sus rayos trémulos sepulta.

Sobre aquel sepulcro, trágica, callada,
en los vespertinos fulgores inciertos,
la madre está sola, muy sola, sentada,
empollando, ¡oh dioses! á sus hijos muertos.



A LA MEMORIA

DEL

DUQUE JOB.



AL DUQUE JOB.

Que el poeta genial vuelva risueño,
coronada de mirtos la cabeza,
á enflorar el altar de la Belleza,
él, del Arte una vez prócer y dueño.

Venga en las alas blancas del ensueño
y trueque en regocijo la tristeza
En pie la reina está; pase Su Alteza
y haga apacible su nublado ceño.

Á su paso las armas y la seda
alzan rumor de insólita armonía
que en los salones palpitante rueda.

Y en pie el poeta sus estrofas fia
al vario giro de la brisa leda. . . .
Buckingham de la nueva poesía.



J. R.
1893

PRELUDIO.

Para Jesús Urueta.

Cuando tomé tu mano entre la mía
y el rubor encendió tu rostro, y luego
mis labios puse en el botón de fuego
de tu boca hecha un cáliz de ambrosía;

cuando á la luz del moribundo día,
de la tarde en el lánguido sosiego,
sediento de placer, de amores ciego,
te estreché sobre el césped de la umbria;

bien miraste á las rosas sus botones
abrir calladamente; en el follaje,
la neblina colgando sus crespones

y la luna surgir entre el celaje,
mientras sonaba el toque de oraciones
como un adiós al comenzar el viaje.



NUPCIAL.

¡Oh noche azul de ráfagas de plata!
tú viste, coronada de luceros,
cómo en alas de céfiros ligeros
Puck levantó su dulce serenata.

Cómo rió con la vencida ingrata
y desgranó sus ósculos primeros
en la voz de cristal de los jilgueros
que como hilo de perlas se desata.

Cómo regó sus lágrimas preciosas,
sus lágrimas de amor, en raudo giro,
en los pétalos nuevos de las rosas;

cuando en el seno del nupcial retiro
exhalaste de tu alma tantas cosas,
al sentirte mujer, en un suspiro!



INTERMEZZO

¡Ay! Es inútil que mis versos lleves
como hojas secas en tu mente loca.....
Los años nos cubrieron con sus nieves
y á nuestras puertas la Implacable toca!

En vano, en vano, tu memoria evoca
las horas de placer, gratas y breves,
en que apagaste estrofas en mi boca
en largos besos y suspiros leves.

Amor es como Abril: no quiere duelos,
se corona de mirtos y amapolas
bajo el azul radiante de los cielos.

Y libre ya de las revueltas olas
del mar de la existencia, entre los hielos,
yo me bebo mis lágrimas á solas.



LÁPIDA.

¡Y no quieres morir! Yo si quisiera,
y en el umbral obscuro de la Nada
dar un beso á la *Pálida* entutada
en los brazos de mi última quimera.

¡Qué grato á mi ansiedad! ¡Qué grato fuera
recibir en mis ojos su mirada
penetrante y letal como una espada,
como la tuya fué la vez primera!

Hasta las heces apuré la vida
sobre tu carne escultural, de suerte
que sólo guardo una ilusión querida,

más grande que el amor, mucho más fuerte:
la de encontrar la calma apetecida
en mis nupcias solemnes con la Muerte!



J.R.
1898

TRANSMIGRACION.

Para Efrén Rebolledo.

Es la niña buena y pura.
Al pasar por el sendero,
por huir la ramazón,
va encorvando la cintura
y palpítale ligero,
intranquilo, el corazón.

¿Qué presiente la inocente?
La inocente mira inquieta,
con zozobra en derredor,
no comprende lo que siente;
el sinsonte, su poeta,
enmudece de dolor.

Ella ha visto en el sendero,
pensativo y solitario,

personaje de canción,
un galante caballero;
y apretando su rosario
deja trunca la oración.

Es, sin duda, el que ella espera;
en sus noches le ha soñado
encendida de rubor.
Recorriendo la pradera
anhelosa lo ha mirado,
mensajero del amor.

¿Del amor? . . . Qué sabe ella?
¿Es el príncipe del cuento? . . .
¿Hecho carne el ideal?
¿Quién coger puede una estrella?
¿De su abuela es un comentario?
¿Un destello en un cristal?

Y percibe una fragancia
que le llega de muy lejos,
á través del ancho mar:
el perfume de su infancia
que aspiraron sus dos viejos
en el seno del hogar.

Padre! Madre! dice, y llora
su tristeza y abandono
en la inmensa soledad;

y sus lágrimas la aurora
va regando sobre el trono
de su propia claridad.

Y á los pétalos abiertos
baja el sol para beberlas
más véloz que el huracán;
y los númenes despiertos
aquel llanto juzgan perlas
de Golconda, con afán.

Ve otra vez en el sendero,
en ensueño que persiste
á través de un nuevo Edén,
al galante caballero
que se acerca solo y triste . . .
y le dice: *el paso tén.*

Á sus ojos sorprendidos,
muy abiertos, muy abiertos,
está el tímido doncel;
y se miran confundidos
como dos seres inciertos
del capricho de un pincel.

Pero es cierto, aquellos ojos
que la miran á hurtadillas,
mas con mágico poder;
los jazmines vuelven rojos

de sus pálidas mejillas,
y se vuelve á estremecer.

Es el mismo, el mismo, el mismo;
el que mira cuando cierra
las pestañas al dormir,
y en extraño paroxismo
le parece que la tierra
se hunde en torno, y va á morir.

Cómo esplende la campiña,
son las flores ornamento
de la tierra; al cielo azul
su mirada alza la niña
y en secreto pensamiento
al doncel habla de tú.

Es verdad; en el sendero
que cruzaron de otro mundo,
de otra bóveda de azur,
era él su compañero,
lo recuerda con profundo
bienestar y beatitud.

Y su pristino recuerdo
flota lejos, muy distante,
esfumándose en un tul
de oro y rosa; mas de acuerdo
con suave acento tierno
claman ambos: ¿eres tú?

Ellos son. Lo han conocido
en el fondo de sus ojos;
ese fondo de quietud,
donde flota obscurecido,
en un seno de despojos,
destrozado, un ataúd!





A ERNESTO ELORDUY

Entre el placer y el arte dividiste
las horas de tu vida caprichosa,
y eres en la música una cosa
profunda y alta y jovial y triste.

Las desdichas humanas siempre viste
al través de una lente luminosa.
Amaste la mujer porque era hermosa,
y el arte amaste porque era triste.

Un ramillete con amor hiciste
de las notas ocultas, fácil dueño,
con empeñoso afán, jovial y triste;
y aspirando su olor, feliz viviste,
bajo la vid frondosa del ensueño.



JUAREZ.

No era un acto patriótico, era humano;
la civilización es infinita;
y Juárez señalaba con la mano
la tumba que devora y resucita.
La humanidad, por la difícil senda
del Bien y del Amor, tuvo en el alma
aliento al fin para arrancar la venda
y abrir los ojos y ceñir la palma.
La palma del martirio que transforma
en triunfador al siervo que se agita
cual germen en el Cosmos. ... ¡La Reforma!
La civilización es infinita.